



## ESTUDIO 1290

### EL DIOS DE LA ESPERANZA

“¡Estoy aterrorizada!” —dijo una mujer. —“Quisiera que nuestras vidas terminen. Entonces todo se acabaría para nosotros rápidamente, y estaríamos con Cristo. Soy una viuda jubilada, y no hay ningún hombre en nuestra familia. Mi esposo murió de cáncer. Acabo de salir del hospital y me estoy recuperando de una fractura en la espalda. Tengo dos hijas que no se han casado, una de las cuales tiene problemas de salud y no ha trabajado durante años. Durante los últimos dieciséis años hemos sufrido terriblemente”.

Así como esta mujer tenemos muchos que nos sentimos perseguidos, muchas estamos sufriendo sin clemencia. Nos encontramos en el temor y la ansiedad, nos decimos a nosotros mismos: “Esto es lo que me ha tocado en la vida, ¡estar sufriendo! Y nos preguntamos: ¿Es que no hay esperanza?”

En la actualidad muchos estamos padeciendo tribulación. Y nos seguimos preguntando: “¿No hay manera de salir de esto?” “Yo mismo me lo busqué. Ahora estoy en la cárcel para toda la vida.” “Parece que Dios no me oye, nada cambia. Y si cambia, entonces la cosas sólo van de mal en peor”.

Se ha dicho que lo único peor que la locura es la desesperación. ¡Gloria al Señor porque servimos a un Dios que quiere darnos esperanza! La palabra griega para esperar es *elpizo*, que significa “*aguardar algo con confianza y expectación que produce agrado*”. El apóstol escribe a los Romanos: “*Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo.*” Romanos 15:13

Pablo nos anima en este pasaje a que *abundemos en esperanza*. Quiere decir que “*tengamos de sobra, un suministro desbordante, excesivo, más allá de toda medida*”. Algunos decimos: “En mi condición actual todo lo que quiero es un rayito de esperanza. ¡Apenas una pequeña prueba de una oración contestada! Pero este pasaje de la palabra del Señor es tan verdadero como todos los demás. Él verdaderamente es un Dios de esperanza; una esperanza que es excesiva, desbordante y más allá de toda medida. La oración de Pablo por todos los creyentes es que el Señor “*os llene de todo gozo y paz en el creer*”. ¡Ese debe ser el estado normal de todos los cristianos: no solamente para los creyentes que no tienen dificultades, sino para todos! Dios no se olvida de los hijos que sufren. NO; Él verdaderamente es ahora un Dios de esperanza, que está listo para inundar nuestras almas con gozo y una paz desbordantes.

*“Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos.” Romanos 8:24-25*

Por lo general, nuestra reacción es exigir ver el cambio inmediato. “Tendría esperanza si sólo pudiera ver un poquito que Dios está actuando para mi bien; apenas algo de lo que pueda agarrarme. Necesito ver algún cambio. ¿Cómo puedo tener esperanza cuando pasan meses, y las cosas sólo empeoran más y más?” Pero abundar en esperanza es tener una perseverancia y una paciencia desbordantes; más que suficientes para esperar las respuestas de Dios. El gozo y la paz vienen sólo cuando sabemos que Él lo tiene todo bajo control y lo creemos.

## La confianza mal puesta

La desesperanza es la consecuencia de confiar en lo puramente humano:

*Leer Jeremías 17:5-8.* Jeremías introduce aquí dos leyes inmutables de la vida espiritual. Una de ellas conduce a la muerte y la desesperanza, la otra a la vida y la esperanza. Esas leyes son la clave para comprender por qué algunos cristianos gozan de constante paz y gozo en el Señor, en tanto que otros se debaten en la desesperación.

La palabra hebrea que usa Jeremías para decir maldito significa “*absolutamente detestable*”. En otras palabras, los que nos apartamos de Dios y nos apoyamos en el hombre somos absolutamente detestable para el Señor. ¿Cómo podemos saber cuándo estamos confiando en el hombre en vez de Dios? Cuando nos hacemos pedazos si alguien nos decepciona, o si las acciones de los demás afectan nuestra relación con Él. Las personas que ponemos nuestra confianza en el hombre a fin de procurarnos seguridad tenemos garantizado el sufrimiento. En algún momento, alguien va a despreciarnos y a decepcionarnos profundamente. “*Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?*” *Jeremías 17:9.* Precisamente, cuando pensamos que conocemos a alguien, estamos al borde de un impacto negativo. Acabaremos por decir: “¡Nunca esperaré eso de esta persona!”

Hoy en día hay muchos que perdemos la esperanza, nos volvemos hacia dentro de nosotros mismos en vez de correr hacia el Señor. Él desea que cada uno de nosotros podamos depositar nuestra confianza en Él y no en los hombres. Tristemente vemos que aún la gente más cercana a nosotros nos pueden fallar, pero Dios siempre permanece con nosotros, es por eso que podemos saber que Él es nuestra esperanza.

La depresión, la sequedad y la desesperanza son resultados directos de estar separados de nuestro suministro diario de agua viva. Cuando descuidamos la fe, la oración y la Palabra, que son nuestro acceso a las aguas frescas, el resultado es soledad, vacío y falta de fruto.

Gracias a Dios, hay otra ley inmutable: ¡La ley de la esperanza y de la vida! “*Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas...*” *Salmos 1:3.* Este versículo contiene el secreto para vivir en la constante esperanza, y es la fuente vital para quienes tenemos hambre de nuestro Señor. No nos encontramos en los intentos de reformarnos a nosotros mismos, ni de tratar de complacer a las personas, ni en hacerle promesas a Dios que no podemos cumplir. Los que experimentamos esta promesa ya no podemos ser heridos por los demás, porque no tenemos nuestra esperanza puesta en ellos. Más bien, nuestras expectativas están todas en el Señor. No nos importa lo que un ser humano diga o haga; nuestros ojos están fijos sólo en Dios. Y Él nunca nos falla ni causa decepciones.

“*Y toda alma viviente que nadare por donde quiera que entren estos dos ríos, vivirá; y habrá muchísimos peces por haber entrado allá estas aguas, y recibirán sanidad; y vivirá todo lo que entrare en este río.*” *Ezequiel 47:9* ¡Y ese río es Cristo! Su presencia misma nos refresca y nos renueva. En el momento que desechemos toda duda y temor, clamando: “*Señor, en ti tengo abundante esperanza!*”, seremos trasplantados a las riberas de ese río por el poder del Espíritu Santo. Es importante que nuestras raíces se afiancen profundamente ahora mismo en la esperanza de Dios.

A los que con paciencia y expectación esperamos en el Señor: “*...de día mandará Jehová su misericordia, y de noche su cántico estará conmigo...*” *Salmos 42:8.* Cristo convertirá nuestra desesperanza en regocijo, y nos revestirá de alegría... si ponemos en Él nuestra fe y nuestra confianza. “*Has cambiado mi lamento en baile; Desataste mi cilicio, y me ceñiste de alegría.*” *Salmos 30:11.* Ya que Dios tiene todo bajo control, nosotros estamos arraigados en el río de Su abundancia, y podemos abundar en esperanza. ¡Regocijémonos en el Dios de la esperanza... y vivamos!